

## Introducción

La primera referencia o noticia que recuerdo poseer de los Tártaros se remonta a mi infancia y se sustancia en la lectura de algún álbum del cómic que, a mediados y finales de los años setenta, se enseñoreaba, como en décadas anteriores, de las barberías y quioscos, *El guerrero del Antifaz*. Sin entrar a considerar la idoneidad de tales lecturas, ni la huella ideológica que las mismas ejercieron sobre las tiernas mentes de varias generaciones masculinas de este país, cabe decir que la imagen del bárbaro sanguinario y malvado quedó asociada en mi mente a aquella horda que asolaba, en el tebeo, a los pacíficos reinos de la cristiandad, secuestrando a mujeres y niños y matando con total impunidad a quienes tratasen de detenerlos. Aunque los Tártaros no fueran los únicos malvados que el autor del cómic, Manuel Gago, pusiera en el camino del heroico defensor de la cristiandad, sí que resultaban, para la limitada e ignorante mente infantil, los más exóticos y misteriosos. Ni los sarracenos, ni los cristianos traidores, ni los chinos, ni otros pueblos guerreros de la oscura Edad Media, fascinaron tanto mi imaginación como los desconocidos –y por ello más temidos– Tártaros.

La atracción por lo que repudiamos, sustentada en la curiosidad, es tan obsesiva como el ansia de

conocimiento que pueda albergar toda mente infantil. Como si de un enigma se tratase, procuramos entender la otredad que desconcierta nuestra prístina y sencilla visión del mundo, como si cartografiar toda realidad y ubicarla en un esquema comprensivo fuera la solución para lo que nos inquieta. Los tártaros de mi niñez, despersonalizados y crueles, amenazaban, con su sola presencia, el orden armónico y familiar que configura toda visión infantil del mundo. Su absurda banalización respondía, en el tebeo, a una operación de fortalecimiento de los vínculos del individuo con sus seguridades primeras y próximas: los valores de la familia, la amistad, la lealtad, el honor o la patria... Se renunciaba a todo intento de comprensibilidad del otro, al tiempo que se le bestializaba, manifestándose, así, un apéndice de la naturaleza humana fundamental para la socialización: el temor psicológico. Se trata de un fenómeno inspirado más en la amenaza vaga y difusa que en el acto concreto y se instala en nuestra mente como un recordatorio pertinaz de nuestra limitación y pequeñez. En los tiempos míticos de la antigüedad la amenaza no tenía únicamente forma humana, sino que se configuraba a través de una naturaleza hostil y despiadada. Hubo que recurrir a los dioses, primero, y a la ciencia, después, para reducirla a comprensión, previsibilidad y familiaridad. Pero la amenaza renació, ya no en los cada vez menos inesperados y descontrolados fenómenos naturales, sino en la propia interioridad del hombre; la naturaleza humana, caprichosa y pasional, es capaz de desencadenar fuerzas tan destructivas e incomprensibles como la propia ira divina, tan familiar, en su relato mítico, a la del mismo hombre. La tartaridad, que el mencionado tebeo utilizaba como desencadenante de la heroicidad ejemplar, con la que confeccionar patrones de

conducta en las mentes juveniles, reproduce, de este modo, los esquemas del temor atávico que toda civilización construye para resguardar, como si de un tesoro se tratara, sus perentorias seguridades. Permanentemente necesitamos al Otro, al “bárbaro” o “tártaro”, para medir la importancia de nuestros logros y vivirlos como posesiones que cabe resguardar, por despertar la codicia de nuestros antagonistas. El temor nos hace precavidos y cautelosos, pero también nos hace ignorantes y simples. La mayor parte de nuestros prejuicios responden a este esquema, consistente en reconocer en el otro la oscuridad de nuestra propia naturaleza, atribuyéndole, con simplicidad, la amarga experiencia de representar la materialización de nuestra finitud. Perder todo cuanto somos y hemos querido nos acongoja; el temor a esa verdad nos lleva a levantar altos muros con los que proteger nuestra identidad, sin reconocer que la amenaza no está fuera, sino en nosotros mismos. La literatura, el arte o la filosofía tratan de derrocar esos muros a los que hoy llamamos “terrorismo global”, ayer “comunismo” y antes de ayer “bárbaros”.

Pese a que asociar la denominación de este pueblo nómada y belicoso con la región mitológica del inframundo –el Tártaro de la *Teogonía* de Hesíodo, lugar al que se arroja a los condenados– hubiera sido fácil y atractivo, dada la tesis que el presente ensayo trata de desarrollar, lo cierto es que no hay relación alguna entre el término griego *Τάρταρος* –que designa ese lugar de condena y sufrimiento– y el término persa “*tatar*”, que generó en castellano “tártaro”, adjetivo y sustantivo con sendos significados, a saber: el natural de la antigua región de Tartaria y la lengua hablada en dicha región.

Aun así, en el plano psicológico en el que se construyen las amenazas, los temores y los prejuicios, dicha asociación, sin duda, tiene lugar.

Para la construcción de la propia identidad, que requiere la detección precoz de las diferencias respecto al Otro, el que yo no soy, toda cultura se ha valido de estereotipos, más o menos burdos, que escenificaban valores opuestos a aquellos que resultaban dignos para la identidad propia, razón por la cual la historia épica o los poemas heroicos han servido de narrativas educativas durante milenios. Esta práctica sigue siendo común en nuestros días, aunque hoy las narraciones heroicas se circunscriben a los ámbitos deportivos, siendo el espacio opinativo de las redes sociales y las prácticas de los articulistas de rotativos y tertulianos de otros medios de comunicación, el ámbito en el que se configuran los valores identitarios propios. Se trata, el de la opinión, de un ámbito tan difuso y confuso que, a menudo, las identidades se diluyen, perdiendo la solidez del terreno moral que antaño cohesionaba a un pueblo, y que hace necesaria la transmisión de valores cívicos mediante asignaturas impostadas en las escuelas e institutos. El resultado es el desconcierto, que se adueña desde hace décadas de todo el sistema educativo. Frente a la desorientación del presente tampoco resulta útil la clarividencia del pasado, en la medida en que, como en el caso de los malvados Tártaros que describía el tebeo de mi infancia, la ignorancia se asociaba con el exotismo en favor de la consagración de valores tradicionales que se asumían acríticamente, pero que reducían las miras del iniciado a las estrechas magnitudes de las orejeras ideológicas del momento.

La identidad es el refugio, el terreno firme en el que se asienta el yo, el enclave desde el cual acometemos nuestros planes de acción. Como ámbito de reificación del yo, la identidad debe ser sólida y estable, casi tanto como el espacio familiar en el que transcurre nuestra existencia: el hogar, el barrio, el pueblo o la ciudad que nos acoge y nos ve crecer. Pero además de un espacio, la identidad es temporalidad. Se alimenta de tiempo. Presente, pasado y futuro se combinan para modelar un escenario de impresiones únicas que configuran una vida. En esta confluencia de espacio y tiempo, de permanencia y fluidez, compleja y contradictoria, van erigiéndose los valores con los que se construye la historia colectiva y personal de los pueblos. Recorrer ese espacio y ese tiempo que alberga tanto a la memoria propia y ajena como a la “alteridad” antagónica, es lo que se pretende a lo largo de estas páginas, sabiendo que la impostura, o la *hybris* que se genera, necesariamente, es la de transitar por territorios que ora son mentales y psicológicos, ora son reales o históricos. En esta extraña mezcla, que lo asumo, puede generar también confusión y desorientación, se debaten en permanente dialéctica la interpretación, el análisis y la creación. A ellas me remito para guiar al lector a través de la senda inhóspita de las Tartarias.

Una última aclaración se hace imprescindible antes de iniciar el trayecto. Los tártaros son, en el orden de las intencionalidades que persigue este ensayo, más un concepto que un pueblo. Cierto es que, a la vista de los últimos acontecimientos sucedidos en Ucrania, con la anexión rusa de Crimea, tras un referéndum “tutelado” por las autoridades de aquél país, ha vuelto a ser noticia

la comunidad tártara –los únicos auténticos tártaros– que habita esta región desde hace centenares de años. Su triste historia reciente de segregación y deportaciones bajo el dominio soviético, no permite augurar ningún futuro de dignidad y prosperidad para esta minoría amenazada, con un pasado, aunque violento, lleno de historia y esplendor en la región. El kanato de Crimea, que perduró desde el siglo XV hasta el siglo XVIII, pese a remontarse originalmente en las oscuridades de las hordas mongolas que asolaron Asia central y Europa oriental, en la baja Edad Media, aportó estabilidad política y económica a esta castigada región, de gran importancia estratégica a lo largo de los siglos. Es indudable que su ardor y belicosidad, así como la arbitrariedad y brutalidad de sus gobernantes, en el pasado, han sido factores determinantes a la hora de configurar la negatividad que se atribuye en esta obra a lo “tártaro”. Pero tampoco sería justo no reconocer el derecho de los escasos tártaros que todavía subsisten a los avatares de una historia confeccionada por odios y venganzas, a tener un futuro en su propio país. No está, pues, entre los objetivos de esta obra confundir al lector y conformar un prejuicio hacia una comunidad denostada y castigada, sino, más bien, reconocerla como una más de las víctimas de esto que, a lo largo de las presentes páginas, denominamos “tartaridad”.

En un orden más metodológico, cabe aclarar que el recorrido por las tartarias presentes, pasadas y futuras, con el que se pretende acercar al lector a esa dimensión espacio-temporal en la que se dilucidan las identidades y las diferencias humanas, se ha construido alrededor de cinco obras de temática y orden variada que, cual faros

de una costa encrespada, tratan de iluminar un trayecto que se sumerge en la oscuridad y profundidad del espíritu. Cada una de estas obras jalona un ámbito fenomenológico, una senda con la que coronar el trayecto que explique la persistencia, en dicho espíritu, de la categoría psicológica de lo tártaro. Las cinco obras mencionadas son, por orden de aparición:

- *Noticias de Tartaria*, de Peter Fleming.
- *El desierto de los tártaros*, de Dino Buzzati.
- *Rumbo a Tartaria*, de Robert D. Kaplan
- *Chechenia, año III*, de Jonathan Littell.
- *Tartarín de Tarascón*, de Alphonse Daudet.